

BIENAVENTURADOS LOS HAMBRIENTOS

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre! (Lc 6, 21.25)

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. (Mt 5, 6)

María canta en el Magníficat: el Señor «a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos». (Lc 1, 53) En las palabras de la Virgen resuena la experiencia del pueblo elegido. El salmista cantaba ya cómo Dios «calmó el ansia de los sedientos, y a los hambrientos los colmó de bienes... Colocó allí a los hambrientos, y fundaron una ciudad para habitar. Sembraron campos, plantaron huertos, recogieron cosechas. Los bendijo y se multiplicaron, y no les escatimó el ganado». (Sal 107, 9. 36-38) En el Magníficat resuena también el cántico de Ana, la estéril. «Los hartos se contratan por el pan, mientras los hambrientos engordan; la mujer estéril da a luz siete hijos, mientras la madre de muchos queda baldía. El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta; da la pobreza y la riqueza, humilla y enaltece». (1Sam 2, 5-7) La intervención magnánima y gratuita de Dios invierte la situación; pero su acción en la historia no acontece según los tiempos y formas del hacer humano. En la fe, María canta el futuro, cree que «para Dios nada hay imposible.» El Señor de la historia realiza todo en el momento oportuno. Basta dejarse hacer por la palabra de Dios. «¡Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá!» (Lc 1, 45)

Jesús, al proclamar «bienaventurados ahora los que tienen hambre» y sed, se dirigía a un auditorio conocedor, sin duda, de la exhortación del profeta Isaías al pueblo de la alianza: «Oíd, sedientos todos, acudid por agua; venid, también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche, ¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclinaid vuestro oído, venid a mí: escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros una alianza perpetua, las misericordias firmes hechas a David...». (Is 55, 2-5) Sin el pan y el agua, sin el vino y la leche, ni hay vida ni alegría.

Israel, en el desierto, sintió hambre y sed. Clamó al Señor y le dio el maná y el agua viva de «una roca de pedernal» (Dt 8, 15; Sal 114, 8) (san Pablo apostilla: «y la roca era Cristo» 1Cor 10, 1-4). El salmista canta: «hizo llover sobre ellos maná, les dio pan del cielo; y el hombre comió pan de ángeles, le mandó provisiones hasta la hartura». (Sal 78, 24; 65, 10) «Tendió una nube que los cubriese, y un fuego que los alumbrase de noche. Lo pidieron, y envió codornices, los sació con pan del cielo; hendió la peña, y brotaron las aguas, que corrieron en ríos por el desierto. Porque se acordaba de la palabra sagrada, que había dado a su siervo Abrahán. Sacó a su pueblo con alegría, a sus escogidos con gritos de triunfo». (Sal 105, 39-43) Dios vela por su pueblo mientras recorre el largo camino hacia la libertad. Conviene contemplarlo: El Dios de Israel peregrina con su pueblo. Es el Dios justo y fiel, que cumple sin tardar su palabra, que realiza lo que enuncia y promete con juramento. Es el Dios de la alianza.

Los sabios de Israel no cesaron de ahondar en la experiencia que el pueblo, liberado de la esclavitud, hizo en el desierto. El libro de los Proverbios lo expresa en estos términos:

La sabiduría se ha hecho una casa, ha labrado siete columnas; ha sacrificado víctimas, ha mezclado el vino y ha preparado la mesa. Ha enviado a sus criados a anunciar en los puntos que dominan la ciudad: «Vengan aquí los inexpertos»; y a los faltos de juicio les dice: «Venid a comer de mi pan, a beber el vino que he mezclado; dejad la inexperiencia y viviréis, seguid el camino de la inteligencia». (Prov 9, 1-6)

En el libro del eclesiástico, la Sabiduría invita a comerla. Ahora bien quien la coma tendrá cada vez más hambre de ella. Ella ofrece un camino de verdad y plenitud. Los que la gustan, saborean ahora ya la felicidad; y en el futuro quedarán saciados.

Venid a mí los que me deseáis, y saciaos de mis frutos. Pues mi recuerdo es más dulce que la miel, y mi heredad más dulce que los panales. Los que me comen todavía tendrán hambre, y los que me beben todavía tendrán sed. Quien me obedece no pasará vergüenza, y los que se ocupan de mí no pecarán». (Eclo 24, 19-22)

Jesús, en el Discurso «del pan de vida» en Cafarnaún, se autoproclama como el verdadero pan bajado del cielo, el pan de la vida, el que calma el hambre y la sed.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios». Ellos le preguntaron: «Y ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». Respondió Jesús: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado». Le replicaron: «¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó: «En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo». Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre de este pan». Jesús les contestó: «*Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás; pero, como os he dicho, me habéis visto y no creéis*». (Jn 6, 25-36)

Los creyentes, por tanto, saborean ya el pan bajado del cielo, mientras se encaminan hacia su pleno disfrute. Las bienaventuranzas del reino de Dios nos hacen pregonar la dicha y nos trazan la senda hacia su plena realización. Meditemos esta verdad profunda que nos revela la palabra de Dios; pero que tendemos a olvidarla cuando surgen las dificultades propias del camino.

I.- EL SEÑOR DA PAN A LOS HAMBRIENTOS Y AGUA A LOS SEDIENTOS

Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él; que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, **que da pan a los hambrientos**. El Señor liberta a los cautivos, el Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos. (Sal 146, 5-8)

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Que lo confiesen los redimidos por el Señor, los que él rescató de la mano del enemigo, los que reunió de todos los países: Oriente y Occidente, Norte y Sur. Erraban por un desierto solitario, no encontraban el camino de ciudad habitada; **pasaban hambre y sed, se les iba agotando la vida; pero**

gritaron al Señor en su angustia, y los arrancó de la tribulación. Los guió por un camino derecho, para que llegaran a una ciudad habitada. Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres. ***Calmó el ansia de los sedientos, y a los hambrientos los colmó de bienes.*** *Yacían en oscuridad y tinieblas, cautivos de hierros y miserias; por haberse rebelado contra los mandamientos, despreciando el plan del Altísimo.* (Sal 107, 1-11)

El pueblo del desierto estaba al límite de su resistencia. Tenía hambre y sed. Gritó al Señor y éste lo sació de pan y le dio de beber el agua de la vida. Es la experiencia del éxodo y también del nuevo éxodo, es decir del exilio.

Las bienaventuranzas, como celebra la experiencia del pueblo de la alianza, no tienen su raíz en el hacer humano, sino *en la fidelidad de Dios*. Así lo proclama y expresa el salmista de forma precisa y maravillosa. Así lo cantó María. Y así lo recuerda de forma explícita el evangelista Mateo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados». (Mt 5, 6) El Dios de la alianza interviene en el momento oportuno para recrear al pueblo pobre y oprimido, hambriento y sediento de justicia. Dios es fiel y justo cumpliendo su palabra, las promesas hechas a Abrahán y su descendencia. Él libera y salva al pueblo cuando se encuentra al límite de su vida. Israel lo experimentó en el desierto y en el regreso del exilio. Creer es apoyarse y esperar en alguien, en su designio de salvación. Bienaventurado el que cree en el Señor, como lo hicieron el padre de los creyentes, Abrahán, y Moisés, el libertador de Israel, y María la madre del Salvador. El apóstol afirma: «Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo». (2Tim 2, 13)

El hambre y deseo de justicia, conviene tenerlo presente, es puesto por Dios en el corazón del pueblo de dura cerviz, en cada uno de nosotros. Amós, después de denunciar la injusticia e infidelidad del pueblo, anuncia la transformación que obrará el Señor del cielo y tierra. Pondrá hambre y sed de escuchar la palabra de Dios. Y esta hambre, que el mundo no puede saciar, hará que el pueblo descubra al Señor como su única esperanza.

Aquel día —oráculo del Señor Dios— haré que el sol se oculte a mediodía, y oscureceré la tierra en pleno día. Transformaré vuestras fiestas en duelo, y todas vuestras canciones en elegía. Pondré arpillera sobre toda espalda y dejaré rapada toda cabeza. Será como el duelo por un hijo único, y el final como un día de amargura. Vienen días —oráculo del Señor Dios— en que enviaré hambre al país: no hambre de pan, ni sed de agua, sino de escuchar las palabras del Señor. Andarán errantes de mar a mar y de septentrión a oriente deambularán buscando la palabra del Señor, pero no la encontrarán. Aquel día desfallecerán de sed las hermosas muchachas y los jóvenes, los que juran por la culpa de Samaría diciendo: «Por la vida de tu dios, Dan», y: «Por las peregrinaciones a Berseba». Caerán para no levantarse más. (Am 8, 9-14)

Pero Dios, como constata el mismo profeta, volverá a intervenir para reconstruir el pueblo de su propiedad.

Aquel día levantaré la cabaña caída de David, repararé sus brechas, restauraré sus ruinas y la reconstruiré como antaño, para que posean el resto de Edón y todas las naciones sobre las cuales fue invocado mi nombre —oráculo del Señor que hace todo esto—. Vienen días —oráculo del Señor— cuando se encontrarán el que ara con el que siega, y el que pisa la uva con quien esparce la semilla; las montañas destilarán mosto y las colinas se derretirán. Repatriaré a los desterrados de mi pueblo Israel; ellos reconstruirán ciudades derruidas y las habitarán, plantarán viñas y

beberán su vino, cultivaran huertos y comerán sus frutos. Yo los plantaré en su tierra, que yo les había dado, y ya no serán arrancados de ella —dice el Señor, tu Dios— (Am 9, 11-15)

Los sabios, conscientes que la sabiduría es el camino de la vida, invitaban al pueblo ignorante a ir a la fuente. «Acercaos a mí, los ignorantes, e instalaos en mi escuela de sabiduría. ¿Por qué os tenéis que privar por más tiempo, si estáis tan sedientos de ella?» (Eclo 51, 23-24)

El salmista expresa su ardiente deseo de ver el rostro de Dios, de participar de los bienes del Señor, de compartir su vida. Y sabemos que su deseo será cumplido sin tardar; pero insisto, una vez más: los tiempos y caminos de Dios no son los nuestros. El deseo de los anawim será plenamente saciado, pero no de acuerdo con los criterios, tiempos y caminos de los hombres.

Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? Las lágrimas son mi pan noche y día, mientras todo el día me repiten: «¿Dónde está tu Dios?». Recuerdo otros tiempos, y desahogo mi alma conmigo: cómo entraba en el recinto santo, cómo avanzaba hacia la casa de Dios entre cantos de júbilo y alabanza, en el bullicio de la fiesta. (Sal 42, 2-5)

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua. (Sal 63, 2)

Señor, escucha mi oración; tú, que eres fiel, atiende a mi súplica; tú, que eres justo, escúchame... Recuerdo los tiempos antiguos, medito todas tus acciones, considero las obras de tus manos y extendiendo mis brazos hacia ti: tengo sed de ti como tierra reseca. (Sal 143, 1.6)

La forma en que Dios responde a la sed de justicia puede adquirir una forma paradójica. La existencia del Siervo de Yahvé se expresa de forma dramática en la oración del salmista. Evoca, en última instancia, la sed del inocente y reenvía a la sed del Hijo del hombre.

La afrenta me destroza el corazón, y desfallezco. Espero compasión, y no la hay; consoladores, y no los encuentro. **En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre...** Miradlo, los humildes, y alegraos; buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. Alábenlo el cielo y la tierra, las aguas y cuanto bulle en ellas. Dios salvará a Sión, reconstruirá las ciudades de Judá, y las habitarán en posesión. La estirpe de sus siervos la heredará, los que aman su nombre vivirán en ella. (Sal 69, 21-22.33-37)

Jesús, como todo buen israelita, oró con estos salmos. Los interiorizó y compartió, sin duda, con sus discípulos. La experiencia de Israel fue luz para llevar a cabo su misión filial de enviado del Padre en la condición de Siervo. Meditemos ahora en el hambre y sed de Jesús de Nazaret.

II.- EL HAMBRE Y SED DE JESÚS

El hambre y la sed de Jesús nos muestran, por una parte, hasta que punto fue «uno de tantos», como canta el himno cristológico de la carta a los filipenses; y, por otra parte, cómo vivió en plenitud la bienaventuranza de los hambrientos y sedientos, para darnos la posibilidad de vivirla mientras andamos el camino. Él tuvo en plenitud hambre y sed de justicia. Él fue ya saciado en plenitud de una vez para siempre. Contemplemos a Jesús hambriento y sediento.

Contemplemos cómo fue saciado. Contemplemos, por otra parte, cómo sacia a los hambrientos y sedientos de justicia, a los verdaderos anawim.

Los evangelios no presentan a Jesús con los rasgos de un «quijote» llamado a «desfacer entuertos». Tras la larga, silenciosa y discreta etapa de Nazaret, acudió en la caravana de los pecadores al Jordán para ser bautizado. Ante la resistencia del Bautista, arguye: «Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia. Entonces Juan se lo permitió». (Mt 3, 15) La justicia es someterse al designio de Dios. El misterio de la encarnación –y el Verbo se hizo carne– conlleva amar a los pecadores, cargar con su pecado, para liberarlos de la esclavitud del pecado. En ese momento los cielos se rasgan, el Espíritu desciende y permanece sobre él. Y la voz del cielo lo proclama como el Hijo amado en el que Dios se complace. Abajamiento y ensalzamiento acontecen en el bautismo. ¡Jesús tenía hambre y sed de llevar a cabo la obra para la que se sentía enviado! Se hizo pobre y se humilló. El Padre dio testimonio de él y el Espíritu se posó sobre él.

Impulsado y conducido por el Espíritu al desierto, Jesús, después de ayunar durante cuarenta días con sus cuarenta noches, sintió hambre. Así se resalta su humanidad. En su victoria sobre el tentador, resplandece su obediencia a la totalidad de las Escrituras a fin de llevar a cabo la justicia divina. Jesús no ayunó para vencer la tentación. Fue tentado al sentir hambre, como Israel en el camino hacia la libertad. Satanás trató de desviar a Jesús de su obediencia filial. Le propuso vivir de su poder y no en la dependencia del Padre. La respuesta de Jesús: «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios», enseña que debemos poner toda nuestra confianza en el Padre. ¡Buscad el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura!». (Mt 6, 25-34) Y esta obediencia filial al designio del Padre, se convierte en pan de vida para cuantos creen en él. «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás». (Jn 6, 35)

Jesús sacia su hambre llevando a cabo su misión de acuerdo con la totalidad de la Escritura. El Hijo enviado en una carne semejante a la del pecado (cf. Jn 8, 3) asumió la condición de Siervo, para llevar a cabo la salvación: *Adorar y Servir* desde el último lugar, revelan el hambre y sed de justicia. He aquí la razón por la que Jesús se lamenta por los ricos, pues eligen un camino contrario al verdadero. Ellos adoran el ídolo del poder y las riquezas. Buscan hacerse servir y vivir de acuerdo con los criterios mundanos. Jesús muestra que no hay servicio auténtico al designio salvador de Dios más que en la humilde adoración; y no hay adoración auténtica más que en el servicio concreto desde el último lugar a los hermanos. Jesús a los discípulos que buscaban los primeros puestos les dice: «Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos». (Mc 10, 45) Y en el pozo de Jacob, a los discípulos que le traían comida les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra». (Jn 4, 34)

La sed de Jesús, en última instancia, es el deseo ardiente de culminar su misión. Lucas lo expresa de forma magistral con estas palabras de Jesús al comienzo de la cena pascual:

Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios». (Lc 22, 14-16)

El evangelio según san Juan presenta a Jesús cansado, junto al pozo de Jacob. «Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: “Dame de beber”». Jesús vive y asume la condición humana, la sed de Israel cansado en el desierto y pidiendo de beber. La sed de Jesús es material y metafórica. El que pide de beber es la fuente del agua viva, él puede calmar la sed de los sedientos, para que no tengan nunca más sed. Es la paradoja divina.

Para comprender la verdadera sed de Jesús es necesario volver nuestra mirada y oídos hacia su grito en la cruz: «Sabido Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: “Tengo sed”» (Jn 19, 28) Su grito expresa, por una parte, la dimensión humana de quien muere en la cruz, evocando lo anunciado en los salmos (cf. Sal 22, 16; 69, 22). Y, por otra parte, revela su deseo ardiente de llevar a cabo la misión confiada por el Padre. Ahora, en el «tengo sed» del Crucificado resuena el eco del orante: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua». (Sal 63, 2) Y también el deseo de dar definitivamente el agua viva anunciada, esto es, el don del Espíritu Santo. Por ello el evangelista ve que se cumple lo anunciado: Jesús «tomó el vinagre, dijo: “Está cumplido”. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu». Del costado de traspasado «al punto salió agua y sangre». (Jn 19, 28-37) Era el preludio de lo se cumpliría en Pentecostés¹:

El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: «El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: “de sus entrañas manarán ríos de agua viva”». Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él. Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado. (Jn 7, 37-39)

En Jesús, por tanto, encontramos, por una parte, al hambriento de justicia y, por otra, «el pan de la vida eterna»; al sediento de justicia y al dador del agua viva, el Espíritu Santo. Ahora lo vemos plenamente saciado en su hambre y sed. Bienaventurados somos si compartimos su hambre y sed de justicia; y desgraciados si carecemos de su hambre y sed. «¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre!» Tengamos en cuenta lo que «el Amén, el testigo fiel y veraz», dice a la comunidad de Laodicea satisfecha de ella misma:

Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca. Porque dices: «Yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada»; y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo. (Ap 3, 15-17)

III.- EL HAMBRE Y SED DE LA COMUNIDAD APOSTÓLICA

Las comunidades apostólicas estaban compuestas en buena medida por personas pobres e

¹ «Al morir en la cruz —como narra el evangelista—, Jesús « entregó el espíritu » (cf. Jn 19, 30), preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección (cf. Jn 20, 22). Se cumpliría así la promesa de los « torrentes de agua viva » que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (cf. Jn 7, 38-39). En efecto, el Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (cf. Jn 13, 1-13) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (cf. Jn 13, 1; 15, 13)». (DCE 19)

insignificantes (cf. 1Cor 1, 26-31). Pedro pidió a Pablo y Bernabé tener en cuenta a los pobres de la comunidad de Jerusalén (cf. Gal 2, 10). Pablo reprochaba a la comunidad de Corinto su manera de celebrar la cena del Señor, pues «mientras uno pasa hambre, otro está borracho». El apóstol arguye que menospreciar a los pobres es, en realidad, menospreciar a la Iglesia y al mismo Cristo. (cf. 1Cor 11, 17-22) La comunidad cristiana es comunión en Cristo, llamada a compartir los bienes y las pruebas inherentes a la misión y la vida evangélica.

Los años de hambre y sequía afectaban a los creyentes como al resto de los ciudadanos. El compartir entre los cristianos debía hacerse extensivo incluso a los enemigos. En este sentido resulta interesante releer lo que Pablo escribía a la insignificante comunidad de Roma:

Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran. Tened la misma consideración y tratad unos con otros, sin pretensiones de grandeza, sino poniéndoos al nivel de la gente humilde. No os tengáis por sabios. A nadie devolváis mal por mal. Procurad lo bueno ante toda la gente; En la medida de lo posible y en lo que dependa de vosotros, manteneos en paz con todo el mundo. No os toméis la venganza por vuestra cuenta, queridos; dejad más bien lugar a la justicia, pues está escrito: Mía es la venganza, yo daré lo merecido, dice el Señor. Por el contrario, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber: actuando así amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien. (Rom 12, 14-21)

La comunidad de los discípulos de Jesús está llamada a vivir en la fe cualquier circunstancia, incluida la situación del hambre. Puesto que Dios está por nosotros, nada ni nadie puede separarnos del amor del Padre. ¿Acaso el hambre puede separarnos del amor de Cristo? (cf. Rom 8, 31-39) La bienaventuranza según san Lucas resuena de forma lacónica:

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre!

El libro del Apocalipsis, por su parte, teniendo como horizonte la liturgia celeste, proclama así el cumplimiento de la bienaventuranza de los hambrientos y sedientos de paz y justicia:

«Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, dándole culto día y noche en su templo. El que se sienta en el trono acampará entre ellos. Ya no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el bochorno. Porque el Cordero que está delante del trono los apacentará y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos». (Ap 7, 14-17)

Jesús calmó el hambre de la muchedumbre que andaba como ovejas sin pastor. Primero los instruyó ampliamente y luego los sació con los cinco panes y dos peces, para que anduvieran el camino. «Comieron todos y se saciaron». (cf. Mc 6, 42par)

Si el hambre y la sed en Jesús era la expresión de su deseo ardiente de llevar a cabo la justicia de Dios, esto es, su designio de liberación y salvación, lo mismo sucede en la vida del apóstol enviado en el Espíritu Santo. El hambre de justicia se sacia con la llegada del reinado de Dios.

El testigo del evangelio de la gracia, si avanza en la fe, hará suya la experiencia que Pablo testimoniaba escribiendo a los filipenses: «Sé vivir en pobreza y abundancia. Estoy avezado en todo y para todo: a la hartura y al hambre, a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en aquel que me conforta». (Flp 4, 12-13) Los anawim del Señor seguirán proclamando con el

salmista y con María, la madre: «Calmó el ansia de los sedientos, y a los hambrientos los colmó de bienes» (Sal 107, 9). «A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despiden vacíos». Tal es el camino de la esperanza gozosa.

El hambre y sed de la justicia es, en última instancia, el deseo de la salvación anunciada por los profetas y anhelada por la humanidad, aun cuando ella no lo diga o pretenda lograrla por sus propias fuerzas. Pues bien, este deseo encuentra ya su respuesta en el Evangelio de la gracia. San Pablo lo expresa así en esta síntesis de la carta a los Romanos:

Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, primero del judío, y también del griego. Porque en él se revela la justicia de Dios de fe en fe, como está escrito: El justo por la fe vivirá. (Rom 1, 16-17)

IV.- TESTIGOS Y SERVIDORES DEL HAMBRE Y SED DE LA JUSTICIA

Que en nuestro mundo haya hambre y sed de pan y justicia, es evidente. Otra cuestión es saber si se corresponde con el hambre y la sed anunciada por el profeta Amós, esto es, de escuchar la palabra de Dios, palabra de vida, justicia y libertad frente a las palabras de los ídolos, creación de los hombres y que conducen a nuevas formas de esclavitud y muerte.

La experiencia de san Agustín y su comentario al evangelio son muy significativos en esta perspectiva. El hambre y sed de justicia es, ante todo, hambre y sed de la fuente de la justicia, la única que no se agota y puede saciarnos. Y la fuente es Alguien, no algo. Ahora bien, el Padre es quien nos atrae hacia el manantial de la verdad y la justicia (cf. Jn 6, 44). Él depositó en el ser humano, el hambre y la sed de justicia. He aquí dos textos del santo.

Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre. No vayas a creer que eres atraído contra tu voluntad; el alma es atraída también por el amor... Si, pues, estos objetos (el santo se refiere a cómo se puede atraer a los niños con una simple nueces), que no son más que deleites y aficiones terrenas, atraen, por su simple contemplación, a los que tales cosas aman, porque es cierto que "cada cual es atraído por su deseo" ¿no va a atraernos Cristo revelado por el Padre? ¿Qué otra cosa desea nuestra alma con más vehemencia que la verdad? ¿De qué otra cosa el hombre está más hambriento? Y ¿para qué desea tener sano el paladar de la inteligencia sino para descubrir y juzgar lo que es verdadero, para comer y beber la sabiduría, la justicia, la verdad y la eternidad? "Dichosos, por tanto -dice-, los que tienen hambre y sed de la justicia -entiende, aquí en la tierra-, porque -allí, en el cielo- ellos quedarán saciados. Les doy ya lo que aman, les doy ya lo que desean; después verán aquello en lo que creyeron aun sin haberlo visto; comerán y se saciarán de aquellos bienes de los que estuvieron hambrientos y sedientos. ¿Dónde? En la resurrección de los muertos, porque yo los resucitaré en el último día." (S. Agustín, Tratado 26, 4-6 sobre san Juan)

«Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. He aquí que estabas dentro y yo fuera, y pobre fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que hiciste. Estabas conmigo y yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti, gusté de ti, y siento hambre y sed, me tocaste y me abrasé en tu paz». (San Agustín, Conf. 10, 27, 38)

A la luz de este recorrido por la palabra de Dios, los Institutos Seculares debemos plantearnos: si nos contamos entre los hambrientos y sedientos de justicia, si nos sentimos ya saciados, y cómo nos situamos ante la hambre y sed de justicia de las personas, pueblos y culturas en que vivimos.

1.- Hambrientos y sedientos de Dios y de su designio creador y salvador.

Como miembros de un Instituto Secular estamos llamados, ante todo, a interrogarnos si somos, por gracia, personas sedientas y hambrientas del rostro de Dios, de llevar a cabo su designio creador y salvador en nosotros y en los demás; si mantenemos una actitud de búsqueda permanente. Somos buscadores del rostro de Dios, en la medida que creemos que en él se halla la fuente que sacia la sed ardiente, el deseo de plena felicidad. Quien ha sido encontrado graciosamente por Jesucristo, hace todo lo posible por conocerlo, amarlo, seguirlo y darlo a conocer. Con el salmista medita sin cesar: «los ricos empobrecen y pasan hambre, los que buscan al Señor no carecen de nada». (Sal 34, 11) El don de Dios acrecienta el deseo de una más plena fruición. Así lo expresa el libro del Eclesiástico:

Venid a mí los que me deseáis, y saciaos de mis frutos. Pues mi recuerdo es más dulce que la miel, y mi heredad más dulce que los panales. Los que me comen todavía tendrán hambre, y los que me beben todavía tendrán sed. Quien me obedece no pasará vergüenza, y los que se ocupan de mí no pecarán». (Eclo 24, 19-22)

La búsqueda del rostro de Dios y de su designio creador, se traducirá en la justa defensa y cultivo de la autonomía de las realidades temporales. La consagración secular conlleva una presencia casta y comprometida en la transfiguración de nuestro mundo de acuerdo con el designio del Creador, tal como se ha revelado en Jesucristo. Es evidente que no se trata de buscar recetas de acción; pero sí de iluminar las realidades con la luz de la Pascua del Señor, como enseñó el Vaticano II. Esto implica estimular la vocación y misión de todo creyente en la historia.

La búsqueda del rostro de Dios y de su designio salvador, se expresa también en dar testimonio *del Evangelio de la gracia* en lo concreto de la existencia. *El Señor se ha hecho personalmente presente en la historia para salvar a la humanidad del poder del pecado y ofrecerle la verdad que libera para el amor.* El Señor ama al pecador y se entregó para liberarlo del poder del pecado. Dios no se limita a dar cosas, se da él mismo. Los hambrientos y sedientos del rostro del Señor no dejan de anunciar y dar testimonio del amor inaudito de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Bautizados en la santa Trinidad, viven la secularidad consagrada como un verdadero don de Dios, para que el mundo pueda conocer su origen y destino, la fuente de la vida feliz sin ocaso.

2.- Mostrar el camino a seguir para calmar el deseo de justicia

Si hemos hecho la experiencia de ser encontrados por el Señor, si hemos recibido el agua viva que él nos prometió, el Espíritu Santo, si hemos conocido el camino de una más plena felicidad, sería injusto no compartirla con los hermanos. «La caridad de Cristo» nos urge a mostrar el camino a seguir para acoger y cultivar libre y responsablemente el don de Dios. El ser humano no se salva, es salvado. El hambre y sed, esto es, el deseo de felicidad necesita ser orientado,

pues la felicidad, al igual que la vida, es don de Dios. Y también esto forma parte de la misión del carisma de los Institutos Seculares.

Es verdad que la felicidad y fruición plena no tiene lugar en este mundo; pero no olvidemos que las bienaventuranzas hablan de ahora. En medio de las pruebas y dificultades de la existencia, el consagrado está llamado a ser testigo de la verdadera felicidad, regalo del Señor. El deseo de justicia y felicidad se conjugan bien en el corazón del creyente animado por el Espíritu. Dios es fiel y justo cumpliendo sus promesas, llevando a cabo su obra de salvación. Así lo pone de relieve la experiencia de Simeón, «hombre justo y piadoso, que aguardaba la el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías de Dios». Y por ello, al ver la promesa cumplida, bendijo a Dios diciendo:

«Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel».

Ana, por su parte, «alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén». (Lc 2, 25-38)

En el ajetreo de la ciudad, en las múltiples ocupaciones y trabajos, la persona consagrada, a mi entender, debe evitar, por todos los medios, caer en la trampa del activismo. Su vocación y misión es mostrar, en y a través de las estructuras del mundo, la senda por la que nos llega el don de la verdad que libera y abre el camino de una más plena felicidad. El camino es Cristo, una real amistad con él. El amor que reverbera en la cruz del Salvador es la senda que conduce a vivir la gozosa esperanza que brota del misterio de Dios, esto es, del amor del Padre, de la gracia del Hijo y de la comunión del Espíritu Santo.

La oración de los salmos pueden ayudarnos a consolidar la fe, avivar el amor y fortificar la esperanza, esto es, a mantener el hambre y la sed del encuentro vivo con el Señor.

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme, en los que esperan su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo; con él se alegra nuestro corazón, en su santo nombre confiamos. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. (Sal 33, 18-22)

El Señor vela por los días de los buenos, y su herencia durará siempre; no se agostarán en tiempo de sequía, en tiempo de hambre se saciarán. (Sal 37, 18-19)

Erraban por un desierto solitario, no encontraban el camino de ciudad habitada; pasaban hambre y sed, se les iba agotando la vida; pero gritaron al Señor en su angustia, y los arrancó de la tribulación. (Sal 107, 4-6)

También es de la mayor importancia lo que Jesús decía sobre la oración. La oración se basa en la bondad y justicia de Dios. Porque es bueno y santo, el Padre dará el Espíritu Santo a los que se los pidan (cf. Lc 11, 1-13). Porque es justo y fiel, hará «justicia sin tardar», a los que oren con fe «siempre, sin desfallecer». (cf. Lc 18, 1-8) Una oración que está determinada por el vocativo Padre y por estos tres imperativos: buscad, pedid y llamad.

3.- La justicia del amor

Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. (Mt 5, 20)

La justicia mayor, la propia de los discípulos del reino de Dios, encuentra su raíz en el amor misericordioso y fiel del Padre. Es una justicia que va más allá de los derechos y obligaciones. Es la justicia propia de los hijos, de los que conocen por experiencia el amor de Dios. Cuando el profeta notificó al rey, en nombre de Dios, que debía elegir entre el hambre, la persecución por parte del enemigo y la peste,

David respondió a Gad: «¡Estoy en un gran apuro! Pero pongámonos en manos del Señor, cuya misericordia es enorme, y no en manos de los hombres». (2Sam 24, 14)

La oración de Jesús en el cenáculo está jalonada por esta triple invocación: Padre, Padre santo, Padre justo.

Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, y yo en ellos». (Jn 17, 25-26)

En medio de los combates por la justicia, no perdamos nunca de vista que el Hijo vino a luchar contra el pecado, para salvar al pecador. «Cristo nos liberó para la libertad». El pecado hace esclavos. La verdad libera. La mentira esclaviza. He aquí una dimensión decisiva de nuestro aporte decidido en favor de promover relaciones justas entre personas, pueblos y culturas, así como de la promoción de estructuras más justas dentro y fuera de la Iglesia.

4.- La práctica de la justicia religiosa

Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tenéis recompensa de vuestro Padre celestial. (Mt 6, 1)

Jesús, en el sermón del monte, traza el camino a seguir para vivir ante el Padre, y no ante los hombres, los tres pilares de la religión: la limosna, la oración y el ayuno. Esto supone avanzar desde la discreción y la gratuidad, sin buscar prestigio ni poder. La religión es buena, pero la pervertimos cuando la convertimos en una forma de autoafirmación, cuando buscamos en ella poner a Dios a nuestro servicio, en lugar de religarnos con él y con los hombres en el amor y la justicia. En la Iglesia y en la sociedad, estamos llamados a interrogarnos si practicamos la limosna, la oración y el ayuno de acuerdo con el Padre justo y misericordioso. Jesús fue crítico ante la religión de los escribas y fariseos, e igualmente ante la religión de los paganos. Unos y otros arruinaban el verdadero sentido de la religión y fundaban sus vidas sobre la arena, en lugar de hacerlo sobre la palabra viva del Señor.

Conclusión

Para concluir, escuchemos lo que Jesús nos sigue diciendo a sus discípulos si deseamos transfigurar el mundo con la fuerza de las bienaventuranzas, como es propio de la secularidad consagrada y de la secularidad de la Iglesia, como nos han recordado todos los últimos Papas desarrollando las grandes orientaciones del Concilio Vaticano II.

Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su desgracia. (Mt 6, 33-34)